



M^A DE EL PUIG ANDRÉS
Universidad de Virginia

EL PASO DEL TIEMPO Y LA MUERTE EN LA POESÍA ESPAÑOLA: UN RECORRIDO ONTOLÓGICO

El tema del paso del tiempo ha estado presente en la gran mayoría de los poetas de todos los siglos de la poesía española, un hecho natural e inevitable que el ser humano debe afrontar e incorporar a su vida para anticiparse a ese momento final, y así percibirla, no como una experiencia que nos aleja de la vida, sino como un complemento de ésta, como el final de un camino recorrido en plenitud. La huella del tiempo aparece una y otra vez en la poesía española de todos los tiempos en cálida hermandad con el tema de la muerte. El tiempo que pasa, que se escapa y que no vuelve nos hace ser conscientes de la cercanía de la muerte, la verdad de la temporalidad y el recuerdo de saberse destinado a morir.

El tiempo se nos presenta como “algo” que va pasando: el presente se va haciendo pasado y va yendo hacia un futuro. El tiempo es, pues, un pasar que tiene tres partes suyas: presente, pasado y futuro. Estas tres partes están intrínsecamente unidas, y en su pasar, el tiempo constituye una especie de línea simbólica, “la línea del tiempo”.

Ya en la Edad Media Gonzalo de Berceo en los *Loores de Nuestra Señora* utilizó como hilo narrativo la caída y redención del ser humano:

allí verremos todos en complida edat
allí verrá tu Fijo con la su magestat
allí verrá la Cruz a la umanidat
allí's partrá siempre mentira e verdat. (Loores, 170)

También encontramos en esta época uno de los más hermosos romances atribuido a Juan de la Encina donde se narra el deseo del amado de ser visitado por su amada. Sin embargo, el enamorado advierte que es visitado en su habitación por la muerte, quien le anuncia que su tiempo ha terminado:

—¿Por dónde has entrado, amor?

¿Cómo has entrado, mi vida?

Las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.

—No soy el amor, amante:
la Muerte que Dios te envía.

—¡Ay, Muerte tan rigurosa,
déjame vivir un día!

—Un día no puede ser,
una hora tienes de vida.

[...]

La fina seda se rompe;
la Muerte que allí venía:

—Vamos, el enamorado,
que la hora ya está cumplida.

En la Edad Media tardía hallamos también *La Danza de la muerte*. Se trata de un diálogo en verso que se representa mediante una personificación alegórica a la Muerte como un esqueleto humano, el cual llama a personas de distinta posición social a bailar alrededor de una tumba. La muerte les recuerda que los goces mundanos tienen su fin y que todos han de morir.

¿O piensas, por ser mancebo valiente
o niño de días, que alueñe estaré,
e fasta que llegues a viejo impotente
la mi vanida me detardaré?
Avíate bien, que yo llegaré
a ti a dessora, que non he cuidado
que tú seas mancebo o viejo cansado,
que cual te fallare tal te llevaré.

No podemos dejar de mencionar a otro de los grandes referentes que tratan la idea del paso del tiempo y de la muerte. Jorge Manrique en *Coplas a la Muerte de su Padre* incorpora de manera ejemplar los tópicos literarios *Carpe Diem* o disfruta de la vida, *Peregrinatio Vitae* o la vida como un camino, *Tempus Fugit* o la vida es breve, *Memento Mori* o recuerda que has de morir, *Vanitas Vanitatis* o todo es vanidad. Tópicos que nos hacen entender el sentido de la vida y de la muerte.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos,
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
e los ricos.

En el Barroco el tiempo y la muerte son ideas que siguen estando muy presentes. Lo vemos, por ejemplo, en Lope de Vega y su soneto “A una calavera”:

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura destes huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos que mirándola detuvo.

Aquí la rosa de la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos,
aquí los ojos de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo.

Aquí la estimativa en que tenía
el principio de todo el movimiento,
aquí de las potencias la armonía.

¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!,
¿dónde tan alta presunción vivía,
desprecian los gusanos aposento?

En el siglo XVIII encontramos a Juan Meléndez Valdés y su poema “Dorila”, donde nos advierte sobre la brevedad de la vida y la inminente llegada de la muerte:

¡Cómo se van las horas,
y tras ellas los días

y los floridos años
de nuestra frágil vida!

La vejez luego viene,
del amor enemiga,
y entre fúnebres sombras
la muerte se avecina,

que escuálida y temblando,
fea, informe, amarilla,
nos aterra, y apaga
nuestros fuegos y dichas.

El cuerpo se entorpece,
los ayes nos fatigan,
nos huyen los placeres
y deja la alegría.

En el siglo XIX los románticos sintieron especial fascinación por la muerte y el mundo de la ultratumba. Gustavo Adolfo Bécquer, como uno de los grandes representantes de esta época, lo expresa en su rima LXXIII:

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es sin espíritu,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
algo que repugna
aunque es fuerza hacerlo,
el dejar tan tristes,
tan solos los muertos.

En el Modernismo encontramos, por ejemplo, a Juan Ramón Jiménez y su poema “El viaje infinito”:

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando.
Y se quedará mi huerto con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas las tardes el cielo será azul y plácido,
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que me amaron
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y lejos del bullicio distinto, sordo, raro
del domingo cerrado,
del coche de las cinco, de las siestas del baño,
en el rincón secreto de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu de hoy errará, nostálgico...
Y yo me iré, y seré otro, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando

En el siglo XX, destacamos a Antonio Machado con sus famosos versos que nos recuerdan ese último viaje que todos haremos en la vida:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Miguel Hernández también escribió grandes poemas sobre la muerte, destacamos la “Elegía a Ramón Sijé”:

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.
No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.
Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.
Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

Gabriel Celaya escribe como “Consejo mortal”:

Levanta tu edificio. Planta un árbol.
Combate si eres joven. Y haz el amor, ¡ah, siempre!
Mas no olvides al fin construir con tus triunfos
lo que más necesitas: una tumba, un refugio.

Junto a los poemas arriba mencionados, encontramos a otros reconocidos poetas que también escriben sobre el tema de la muerte, como por ejemplo Fernando Operé que escribe un poema desgarrador y muy real (por desgracia) en la sociedad en la que vivimos del siglo XXI. En el poema “La mujer rota” el poeta describe, con gran descripción visual y emocional, la vida de una mujer maltratada:

La mujer rota en una aldea rural,
Maltratada en la ciudad de su infancia,
Muerta en el salón de casa.
[...]
La que fue joven y alegre
y soñó en un hogar sin cólera.
la mujer rota con sangre en el pecho,
en el vestido, en su seno desnudo
ya sin latidos, sin esperanzas
de una próxima etapa.

La muerte llega a este poema de una manera violenta, Operé nos describe cómo le han arrebatado la vida a la mujer, que ni tiene nombre, porque bien puede ser cualquiera de las mujeres asesinadas, maltratadas y humilladas que cada día llenan trágicamente las páginas de nuestros diarios y ocupan minutos en los telediarios. El poeta describe en su poema esa lacra humana del siglo XXI que termina con la vida de muchas mujeres. Para el poeta es necesario valorar la vida de la mujer: “después de amar, parir, / mirarse envejecer en el espejo, / adivinar las arrugas, / depositar su miedo junto a los platos / de la cocina, y ver cómo se los traga el fregadero”. Porque al dar valor a la vida de cualquier ser humano también se está valorando la muerte.

En “La España vaciada”, Operé inunda el poemario de imágenes llenas de desolación: “vacío el pueblo, la casa y el zaguán” / Vacías las habitaciones [...] Vacía la entrada y el camino a la

era. / Nadie despidió al último habitante / que se fue escurriendo por las paredes / del corral sin dejar sombra ni hueco. [...] Alguien puso una roca sobre otra, / y sobre ella un ladrillo, / un nombre en la lápida, una fecha, / y al final el silencio y el olvido”.

El paso del tiempo también es otro de los temas que trata Operé en su obra, podemos encontrarlo en poemas como “Plegarias”, un tiempo que nos recuerda cómo va llevando al ser humano hacia la muerte y lo aleja de las personas a las que ama y con las que dialoga a lo largo de todo el poema: “Madre, ya estamos viejos, / Tú, en tu cielo, y yo / sin para qué ni para dónde”. La huella del tiempo no solamente está presente en el ser humano: “Padre, qué cansado llegas, / Pareces un viejo abrigo / colgado del perchero”, sino también en las cosas materiales: “Casa, qué frágiles tus huesos”. El poeta nos muestra que el tiempo no es algo independiente de las cosas.

Otro de los poemas donde se observa el paso del tiempo y la implacable muerte es “El sombrero”. Fernando Operé dialoga con el tiempo, recordando el pasado desde el presente: “Mientras, luzco el sombrero y lo recuerdo / con ese calor que la costumbre / deja entre la piel y la memoria”. Y nos recuerda el fin de la existencia humana como un viaje largo e incierto: “El de ahora es un viaje más largo e incierto. / No sé a qué nube o galaxia”. En estos versos, Operé ahonda en la universalidad del tiempo. No se trata de una universalidad meramente conceptual, se trata de una universalidad “física” es decir, de un momento real del cosmos entero y, por tanto, de cada una de las cosas que hay en él.

Metales pesados, de Carlos Marzal, es un poemario no solo impregnado de imágenes visuales, de conceptos, de ideas o pensamientos, sino que también es un libro en el que se puede observar la visión de un poeta preocupado por la inherente realidad del individuo, no solo terrenal sino también cósmica. El poeta reflexiona acerca de su vida, el paso del tiempo, el deterioro del mundo, como observamos en el poema “Cálculos infinitesimales”: “La luz de las estrellas ya ha ocurrido, / En una lejanía inapropiada / para nuestra penosa sensatez, / ya han muerto las estrellas que miramos.”

Marzal no solamente establece una comunicación entre el cosmos y la amada, sino que a su vez consigue transmitir al lector la desesperanzada realidad en la que se encuentra: el angustioso problema de la vida y la inexorabilidad del tiempo. Por eso, mediante unos versos de claro tono afligido, Marzal expresa su inquietud existencial de la siguiente manera:

Así que cuando te amo ya te he amado.
El dolor que te causo y que me causas
es un dolor tan viejo que no duele,
aunque puedas pensar que está doliéndonos,

y ese fuego eucarístico en el que me consumo
es un simple capricho de las cronologías,
un voluntario error de apreciación
con respecto al pasmoso suceder de las cosas.

Lo que encontramos en *Metales pesados* es un evidente nihilismo llevado a su máximo exponente, donde la única existencia es la de las cosas, la de los actos sin otro propósito que el de ser instantes/ segundos de cada día, como se observa en poemas como: “Una subasta en julio:” “durante el estertor, sus labios tristes / besaban con sus muecas a la nada”; o en el poema “Cae la nieve”: Es la nada abatida ante la nada; el poema “El oráculo:” La Biblia del Vacío, / una Taxonomía de la Nada; o el poema “Tolvanera:” No busca aposentarse sobre nada / porque la entera nada es su aposento.

Marzal ahonda en la fugacidad del tiempo en “Pájaro de espanto”: Tú no ignoras, inconsolable pájaro, / que el sol se apagará y el universo / será una estepa helada sin conciencia de estepa, / sin memoria del sol ni su desmayo, / sin pájaro que vuele inconsolable.

La problemática del paso del tiempo y la preocupación existencial del individuo en un mundo caótico se entremezcla en Marzal con un lenguaje pletórico de opuestos, metáforas, sentencias moralizantes, agudos argumentos con los que desafiar al lector — y desafiarse el propio poeta—. En definitiva, un poemario empapado de elementos barrocos capaz de expresar con un lenguaje conceptualmente rico en vocablos, las diferentes experiencias del mundo postmoderno.

Lola Mascarell nos presenta en “Música de los álamos” la ideal del paso del tiempo pero no es visto con sufrimiento sino con alegría: Las hojas de los chopos caen cantando”. La poeta, consciente de la huella que deja el tiempo y de su inexorabilidad, termina escribiendo: Quién pudiera caer como vosotras / sin dejar de cantar. Para Mascarell la vida es un sencillo misterio que hay que saber entender, disfrutar y amar, hasta tal punto de saber que está en el lugar correcto, como se observa en el poema “Aventura”, donde vemos a un yo poético convincente: “A veces uno tiene / la absoluta certeza / de saber que está justo donde ama”, aunque las preguntas existenciales sigan estando presentes, como se advierte en el poema “Relieve”: ¿Qué cosas no sabemos aun sabiéndolas? / ¿De qué rincón salvaje de nosotros nos habla la montaña?. Versos que nos muestran cómo la poeta juega con las paradojas y la complejidad de la cotidianidad.

Mascarell nos recuerda que nada de lo que hay en este mundo nos pertenece: Ese atisbo fugaz / que es amor y que es patria y que es exilio / porque no ha de ser nuestro.

La intensificación de la existencia implica vivir a la intemperie, salir de las moradas familiares, abandonar la seguridad de lo establecido, y asumir el riesgo de la aventura. Así es como lo describe la poeta en el poema “Aventura”:

No hay mayor aventura
en medio de este sábado de invierno
que quedarse dormido en el sofá
apoyando muy fuerte
mi cabeza en tu pecho.

En la obra de José Saborit también encontramos la huella del paso del tiempo como un reloj que no se detiene:

Manchado de pintura tu reloj
pasa ya de las siete,
y esa luz cenital
que ilumina tu mesa y tu paleta,
se va desvaneciendo muy despacio.

El yo poético que encontramos en “Charco” aprende su condición de fragilidad y fugacidad irremediable al contemplar el mundo y verse reflejado en ella:

Vio el espejo del mundo
la réplica del cielo transitando,
las veleidosas nubes,
las estrellas remotas de otros tiempos,
los vastos movimientos migratorios
de las aves de paso,
vio las hojas cayendo del otoño,
y en el último instante
vio su propio reflejo
deshacerse en el agua.

En el poema “El tiempo amarillo” el tiempo se hace presente con cada minuto que pasa como una fuerza inevitable y destructora: El destino del blanco es amarillo:/ no amarillo solar / sino amarillo tiempo.

“Cézanne” es otro de los poemas que escribe Saborit donde el poeta nos recuerda: el último paseo es el primero. La angustia por la muerte no se halla en la razón sino en la recuperación

de una experiencia primitiva: la unidad esencial entre el hombre y el mundo. Este poema nos hace entender que no debemos eludir el drama ontológico, sino asumirlo con plena conciencia y entera resolución.

En la obra de Fernando Valverde también encontramos el tema del paso del tiempo, en el poema “La caída”, el poeta incorpora imágenes como la tarde, el mar, la noche negra, el otoño para anticipar lo que llega: Abre los ojos, / es tan ciega la muerte que el temor te confunde. El tiempo de la memoria provoca en el poeta una reconciliación con lo vivido hasta el extremo de oscurecer el terror ante la muerte. Sin embargo, para el poeta la palabra es la vía para invocar la presencia del mundo en el aquí y ahora del poema, como observamos en el poema “Resta”

Yo también tuve un río y una barca
con sus nubes mirándome
y una boca trayéndome la lluvia
y un pájaro de niebla
y un relámpago

La melancolía del pasado presente en estos versos le hace ver su presente malgastado: Para llegar aquí la vida he malgastado.

Para Valverde, la recuperación de lo vivido por medio de la memoria es mucho más que un recuerdo, es fundamentalmente un reordenamiento a la luz -o mejor dicho: a la sombra- de la muerte.

Para finalizar encontramos la obra de Bibiana Collado, donde la presencia de la madre nos adentra en la huella del tiempo para contarnos una historia familiar, como sucede con el poema “Paraules d’Amor”. La poeta conversa con su yo presente, su yo pasado, su yo futuro, su yo reflejo (su madre), y lo hace desde el recuerdo y la memoria. Tenían 15 años. / Bueno, mi madre tenía 15 años. / Él, diecinueve.

En el poemario Violencia, la poeta ahonda en el tema de la violencia de género, y descubre las contradicciones que vive la sociedad bajo una construcción patriarcal. Collado sitúa a su yo poético en el centro de ese dolor:

como si de un dolor inédito se tratase,
como si resultara inadecuado
suponer unas heridas a las otras
e imposible la coincidencia

Como si yo no fuera ella,
como si yo no fuera
una de ellas.

Para Collado, el conocimiento del yo le lleva a plantearse el del conocimiento del otro. El tiempo ha hecho que entendiera su pasado, como observamos en el poema "Casa":

Ahora, suscribo con horror que las madres,
aunque nos aman, se equivocan.

Y me convengo de que alguien
debe saber lo que ocurre en esta casa,
sospechosamente parecida
a aquella casa.

Para la experiencia humana, el tiempo puede ser percibido como sucesión y duración: un encadenamiento continuo y homogéneo que enlaza el presente al pasado y lo proyecta hacia el futuro. En la obra de Collado, la escritura poética se propone como una recuperación del tiempo de lo vivido, y su reinsertión en el presente por medio de la memoria.

En todos los poemas que hemos revisado y plasmado en este estudio hemos visto un eje común, la experiencia de la temporalidad y la muerte como final de esa experiencia de vida. Una unión entre universo, alma y objetos, todo al mismo tiempo, y cada uno de ellos desde su particular visión poética de la realidad. Cada uno de los poetas ha sabido captar los instantes decisivos del ser, rescatar el tesoro de la vivencia enterrada bajo el espeso polvo del tiempo, unas veces más alegre y otras más dolorosa, pero todos ellos han mostrado cómo las vivencias cobran en el recuerdo poético una intensidad más honda que en la realidad donde sucedieron. El tiempo les ha llenado la vida de contenido, y estos poemas son el mejor testigo de ello.